

LO QUE PIDE EL CUERPO: LAS FIESTAS EN EL HUILA

-Investigación sobre historia cultural-

WILLIAM FERNANDO TORRES*

En ese país hay cinco cosas que casi todo el mundo sabe hacer desde la edad de 12 a 15 años: atravesar los ríos a caballo, bailar con mucho donarire, fumar cigarrillo y tocar guitarra o bandola.

José María Samper, 1861, sobre el Alto Magdalena, en Ensayo sobre las revoluciones políticas.

Al intentar averiguar el origen de las actuales fiestas en el Huila, se encuentra que ellas provienen de diversas épocas, culturas, estratos y sectores sociales. De épocas como la Prehispánica, la Colonia, la República, los principios del siglo XX, la contemporaneidad. De culturas como las indígenas, españolas, mestizas. O de los estratos altos y bajos o de los gremios y los oficios.

Pero si se sigue su historia, pronto se advierte que las mismas fiestas tienden a borrar huellas de su origen. Pues con el paso de los tiempos y las transformaciones de los **contextos** sociales y culturales, se integran con otras, se mixturán, se superponen y transforman sus **prácticas y símbolos** y, por consiguiente, sus sentidos.

Al lado de las fiestas con **pasado**, se encuentran otras: las resultantes de explosiones del júbilo popular o de la desviación inesperada de la cotidianidad. Las páginas que siguen intentan presentar una mirada general sobre los dos tipos de festejos.

* Universidad Surcolombiana.

Las fiestas indígenas prehispánicas y de la Conquista

De estas poco se sabe. Los arqueólogos no han rescatado muchos objetos ceremoniales, ni los cronistas que se ocuparon de la región dejaron descripciones precisas como para que podamos formarnos una idea aproximada sobre aquellas celebraciones. Lo que queda a mano son hipótesis de historiadores en las que suponen que Tamas, Paeces y Andakís hacían rituales para dominar la naturaleza (durante la siembra o la caza), para celebrar la recolección o la abundancia, señalar los tránsitos de sus miembros de un estadio a otro (el paso de la adolescencia a la adultez, el matrimonio, etc.) o agradecer el apoyo colectivo para adelantar una tarea como la minga¹.

García Borrero, por ejemplo, refiriéndose a los indios Poncos de Aipe, apoyado en la tradición oral, sostiene que:

eran de índole pacífica, de sangre tama, (...) constituían un cacicazgo entregado: las artes rudimentarias del comercio y la pesca. No eran agricultores propiamente hablando: se solazaban en sus fiestas lunares y para aplacar la furia de los dioses bárbaros, periódicamente, cuando terminaban las grandes subiendas de pescado se entregaban a borracheras y bacanales que duraban semanas enteras en donde el vino de palma era su licor preferente, como la chicha de maíz, de chontaduro o de arracacha².

Las fiestas de origen español y colonial

Por su parte, las fiestas que trajeron los españoles fueron de varios tipos: las familiares, las religiosas y las cívicas. Las primeras celebraban la constitución

¹ Ver Juan Friede. *Los andakí*. México, 1949.

² Joaquín García Borrero. *Neiva en el siglo XVII*. Neiva, 1939. p. 47.

del hogar o recordaban los aniversarios matrimoniales o los cumpleaños de sus miembros y sus propósitos eran los de integrar y fortalecer la unión del grupo o garantizarle a la familia cierto ascendiente entre sus vecinos. Las segundas eran conmemoraciones católicas y tenían como intención alimentar la fe de los creyentes. Las terceras evocaban fechas significativas de la Monarquía y aspiraban a mantener la identidad y sumisión de los súbditos a la Corona.

Entre las anteriores, las religiosas eran las más importantes por su número y el sentido global y coherente de su calendario. Ellas estaban integradas, en primer lugar, por las canónicas: las que rememoran a lo largo del año la trayectoria de sus héroes básicos -Jesucristo y la Virgen María- en especial, el nacimiento y resurrección del primero -Pascua y Navidad- o la ascensión de la segunda.

Asimismo, se cuentan dentro de estas las que crearon los vecinos y el párroco de cada localidad para honrar al santo que hubieran elegido por patrono o a los santos que, según su parecer, les hubieran demostrado mayor eficacia en prestarles auxilio para sus cosechas o asuntos cotidianos. Han servido para renovar la fe de la comunidad pero también para dar paso a días de jolgorio y ebriedad.

Las patronales hoy

El ciclo patronal empieza el 6 de enero con la celebración de los Reyes Magos, en Acevedo y La Argentina. Sigue el 20 de enero con el festejo a San Sebastián, en La Plata. Continúa el 2 de febrero con la fiesta de la Virgen de la Candelaria, en Campoalegre y Teruel. Pasa luego a homenajear a Nuestra Señora de Lourdes el 11 de febrero, en Algeciras. Poco después, el 19 de marzo los casados veneran a San José, pero también lo recuerdan como patrono de Isnos y Oporapa. Más tarde, pasada ya la Semana Santa, el 15 de mayo, los campesinos ruegan a San Isidro en muchas parroquias pero, en especial, en La Argentina. El 13 de junio, los carentes de amor invocan a San Antonio o "lo ponen de cabeza" y lo celebran en Pitalito y Tarqui. San Juan Bautista es el patrono de Hobo y tiene su fiesta el 24 de junio. Las fiestas de San Pedro parecen hoy significar un paréntesis en este santoral.

El 16 de julio se recomienzan las celebraciones con la fiesta a Nuestra Señora

del Carmen, también patrona de los conductores, en Neiva, Aipe, Algeciras, Baraya, Santa María y Timaná. El 9 de Agosto, en Elías, se invoca a un santo poco conocido, a San Emigdio, el que protege en los temblores. La Virgen de Santa Ana se recuerda en Yaguará el 27 de julio. Lo mismo hacen con San Lorenzo en Suaza el 10 de agosto. San Roque, el que trae la salud, es otro de los santos más venerados: se lo festeja entre el 14 y el 16 de agosto en el Caguán, Altamira, Tello y Teruel. A Nuestra Señora de Lima la homenajean en El Pital -el 23 de agosto- y en Paicol -del 28 al 30 del mismo mes- y al lado de Nuestra Señora del Amparo, San Agustín es evocado sin sus **Confesiones** en el municipio que lleva su nombre el 28 de agosto. En septiembre, el 7, Palermo venera a Santa Rosalía; el 9, Gallardo a la Virgen de Aránzazu; el 15, Aipe invoca a Nuestra Señora de los Dolores y, el 24, es la gran fiesta del mes: se celebra a Nuestra Señora de las Mercedes, la patrona de los presos, en Agrado, Colombia, Nátaga y Guayabal. En octubre, se recuerda a San Francisco de Asís en Iquira y a San Calixto en Timaná.

A partir de ahí, se espera la última gran fiesta patronal del año: la de la Inmaculada Concepción; ella se celebra en Neiva, Garzón (que al parecer olvidó a San Miguel Arcángel), Acevedo y Palestina. En este último municipio se la invoca bajo el nombre de Virgen de Aránzazu. En todas se la recuerda con velitas en las aceras o corredores de las casas: quienes hayan puesto más luminarias y una bandera blanca serán reconocidos por la Virgen y protegidos durante todo el año siguiente. Pocos días antes de la fiesta, la bandera blanca con la imagen de la virgen se puede comprar a vendedores ambulantes en las plazas de mercado.

Como se puede advertir, las fiestas empiezan en el sur del departamento -por Reyes-, pasan al norte -por Candelaria o Lourdes-, vuelven al sur -por San José, San Isidro y San Antonio. Pero, a partir de éste, se expanden por todo el territorio para celebrar el San Juan y el San Pedro. Durante el segundo semestre del año, ocupan todo el territorio, en especial, durante las fiestas grandes: las del Carmen, San Roque, las Mercedes o la Inmaculada.

Algunas de estas patronales se han convertido en ocasiones de peregrinación como las de San Roque en el Caguán, la de la Virgen de Aránzazu en Gallardo, Nuestra Señora de las Mercedes de Nátaga y Guayabal. Otras han servido para

mantener viva la competencia entre pueblos cercanos que se disputan la misma santa patrona, como en el caso de Paicol y El Pital que luchan por los favores de Santa Lucía.

Una fiesta religiosa que retoma elementos de las tradiciones aborígenes, es la de San Isidro. Los campesinos ofrendan sus mejores productos al santo y, además, las gentes cubren su capa con dinero con el propósito de obtener fertilidad en sus campos o ganancias en sus negocios y empresas.

Como se sugirió atrás, dentro de ellas han ido surgiendo otro tipo de festejos: las ferias de carácter ganadero, equino, artesanal o comercial o los grandes bailes populares con prestigiosas orquestas de las capitales más cercanas. A ellas concurren las gentes que viven de las fiestas: los vendedores de santos y amuletos, los dueños de juegos de azar, los comerciantes de vestuario y calzado, los tahúres, las prostitutas, los fotógrafos ambulantes. El anterior calendario es su agenda anual³.

Una aclaración

Sin embargo, luego de este recorrido, es necesario hacer una breve aclaración: algunas de las más importantes de las fiestas católicas se superponen a otras; en especial, a las que se celebraban en la Antigüedad Romana o en otras culturas -como la celta- mucho antes de que el catolicismo se hubiera impuesto como religión hegemónica en Occidente.

Elas formaban parte de un complejo ciclo que festejaba, en principio, el retorno de las estaciones y, por tanto, la continuidad de la vida. Este ciclo estaba determinado por fases lunares de 40 días y por los solsticios de verano e invierno y su período más intenso era el del Carnaval. Pero como los católicos no pudieron hacer olvidar estas fiestas a sus nuevos feligreses, optaron por mantenerlas proponiendo una nueva versión de su sentido: para ello les

³ Ver el listado de fiestas patronales en el Huila que ofrece el Anuario Estadístico de 1991. Sobre las peregrinaciones y disputas entre los municipios, recibí informes de Sarita Castaño de Argüello, en el Caguán, y de Iris del Rocío Chavarro, en Paicol, en junio de 1994.

cambiaron el nombre y retomaron y reinterpretaron los rituales que las caracterizaban. Así fue como sobre las tradiciones y prácticas festivas del solsticio de invierno, crearon la fiesta de Navidad y sobre el solsticio de verano ubicaron la de San Juan. De esta manera, organizaron el calendario festivo -arriba mencionado- que tiene diversas fases fijas: las celebraciones de Navidad, de Año Nuevo, Cuaresma, Pascua, las de la Virgen y las de los apóstoles San Juan y San Pedro⁴.

Las fiestas patrias y republicanas

Estas surgieron en el siglo pasado para conmemorar las fechas en que tuvieron lugar los acontecimientos que permitieron ganar la independencia de la Corona española y empezar la construcción de la nacionalidad. Como se sabe, ellas son el veinte de julio, el siete de agosto, y el once de noviembre. A ellas se suman las que se hacen para celebrar los aniversarios de las ciudades y festivales del Retorno con que algunos municipios suelen atraer a los habitantes que han emigrado. Sus propósitos son evidentes: construir y mantener la identidad nacional o local y, en el caso de los Festivales, conseguir en ocasiones aportes para el desarrollo de la población. Es preciso mencionar aquí una de carácter religioso con tintes de patria: la de la consagración del país al Sagrado Corazón de Jesús.

Sin embargo, entre todas estas fiestas, con las que más se sienten identificados sus habitantes y la que simboliza al Departamento ante el país es la de San Pedro. En los próximos apartes reseñaremos las líneas generales de su proceso durante el presente siglo.

La fiesta del siglo XX: De las de San Juan y San Pedro a las de San Pedro en puente

Las de San Juan y San Pedro han sido las celebraciones populares sacras y profanas más tradicionales en la historia cultural del Huila. De su realización

⁴ Claude Gaignebet. *El carnaval*. Barcelona, 1974. p. 9 y ss., y Julio Caro Baroja. *La estación del amor*. Madrid, 1965.

entre los indígenas paeces, una de las etnias formadoras del actual hombre huilense, se tienen noticias desde hace 300 años, en 1689⁵. Por supuesto, quienes las implantaron fueron los colonizadores españoles y entre quienes, como se anotó más atrás, la fiesta de San Juan provenía de una antigua tradición: el culto al solsticio de verano que celebraban los celtas y latinos⁶.

Al arraigarse en la entonces Provincia de Neiva, las fiestas mantuvieron las tradiciones hispánicas que eran posibles en estas regiones y, a la vez, recibieron aportes indígenas. De esta manera, crearon unas nuevas tradiciones festivas que se fueron consolidando durante los años finales de la Colonia y los azarosos tránsitos de la República en el siglo pasado⁷.

Estas fiestas tenían una duración de diez días y sus nombres eran:

24 de junio: *San Juan*

25: *San Eloy*

26: *San Eloicito*

26: *San Crispín*

27: *San Crispincito*

28: *San Crispincito*

29: *San Pedro*

30: *San Pablo*

1 de julio: *San Pablito*

2: *San Churumbelo*

3: *San Churumbelito*⁸.

⁵ Susana Friedmann. *Las fiestas de junio*. Bogotá, 1968.

⁶ Julio Caro Baroja. *Op. cit.*

⁷ José María Samper. *Ensayo sobre las revoluciones políticas*. París, 1861. p. 324 y ss. Ver también la novela *La venturosa*, 1939, de Ramón Manrique y también la crónica de don David Rivera: "Las fiestas en el Gran Tolima", en revista *Huila*, Neiva, 1957.

⁸ Conversación con Antonio José Cuéllar, "Rumichaca", mayo de 1986. Ver también la crónica sobre las fiestas de San Juan y de San Pedro en el Huila del doctor Miguel Barreto, publicada en mimeógrafo.

Así, pues, sólo las del 24 y 29 se distinguían por estar dedicadas al santo adulto sin que estuvieran seguidas -como las restantes- por las de celebración al santo diminutivo: al santo niño o al santo más familiar. Esta diferencia resaltaba la importancia central de las fiestas de San Juan y San Pedro.

Las otras, rompían con el santoral católico y tenían otras connotaciones: San Eloy supone un juego de parónimos que remite a "el hoy", el presente, que es siempre el tiempo de la fiesta; San Crispín es el patrono de los zapateros y al que ellos rinden sus ocios de los lunes; San Churumbelo es el santo de lo que queda colgando, de los alargues, del guayabo y, por tanto, el que permite justificar la prolongación de la fiesta.

Como es obvio, estos santos que justifican la entrega al presente, al ocio y al dejarse ir, implican una burla a lo sacro. Asimismo, el que se los celebrara adultos y niños, parece indicar que los primeros señalaban los tiempos intensos del período festivo, mientras los segundos sugerían los tiempos suaves del mismo.

Los *espacios* de la fiesta eran rurales para el San Juan y urbanos para el San Pedro; entre aquellos estaban los campos, ríos y haciendas y, entre estos, la iglesia, las plazas y parques y las casonas. Los de las fiestas menores eran lugares intermedios entre el campo y la ciudad. Por otra parte, las fiestas de San Juan se vivían en familia, mientras que las de San Pedro se festejaban en comunidad, aunque cada uno de los estratos sociales hacía algunos festejos y bailes por separado: los de la élite en las casonas, los populares en las plazas, en las primeras, se tomaba brandy Hennessy Tres Estrellas y se bailaban valeses, contradanzas, pasillos y bambucos; en las segundas, se bebía chicha, "resacao" y mistelas, se cantaban rajaleñas, se bailaba el ocho y eran de "palo parao y alpargate lavao"⁹. Una mirada desde la élite en estas últimas, es la siguiente:

¡Hay que ver aún, en los tiempos que corren, las fiestas de los santos apóstoles! Los cuatrocientos años de recorrido apenas se olvidan entre el ritual pagano de las

⁹ Ramón Manrique. *Op. cit.*

multitudes que se congregan en la plaza del pueblo con trajes de colorines y música autóctona, para celebrar, con sus típicas danzas de matachines diablescos, la nostalgia de una raza que se envileció en la esclavitud y que se extingue a fuer del maltrato u olvido de sus dominadores, entre las más repugnantes bajezas de la miseria y el olvido¹⁰.

Con todo, a lo largo del siglo XX, las fiestas han ido transformando sus contextos, sus prácticas y sus símbolos. En definitiva, han ido cambiando sus significados. Esto es consecuencia de sus procesos internos y de los que ha ido viviendo el Departamento; entre ellos, las transformaciones de sus sectores tradicionales -la agricultura y ganadería- y el desarrollo de los mineros y energéticos, la ruptura de su insularidad, la urbanización, la emergencia de las clases medias y la desterritorialización cultural propuesta por los medios masivos.

El río, el desierto, la sierra

En las primeras décadas del siglo, las dificultades de comunicación entre las diversas regiones del Departamento hacían que las fiestas estuvieran muy determinadas por sus entornos geográficos y étnicos y que, por consiguiente, conservaran bien definidos sus rasgos distintivos. Una era la fiesta en el río, otra en el desierto y otra en la sierra.

La primera tenía lugar en el valle del río Magdalena. En Neiva, Campoalegre, El Albadán, La Vega de Oriente, Yaguará, Hobo, Gigante, e incluso Garzón, Altamira, Tarqui, Agrado y Pital. Allí había tenido mayor peso la colonización española; en consecuencia, el elemento criollo se conservaba con cierta pureza y, por su parte, los campesinos estaban sujetos a la tierra y sometidos a los dueños de las grandes haciendas; estas circunstancias hacían que la fiesta mantuviera muchas de las costumbres hispánicas sin cambios sustanciales. Así, por ejemplo, en la víspera de San Juan, en medio de cantos y bailes, se

¹⁰ Joaquín García Borrero. Op. cit., p. 83.

encendían fogatas, se hacían adivinaciones de amor, se recogían hierbas de las que se esperaba que consevaran las propiedades mágicas que les otorgaba el día más largo de año; en la fecha el santo se iba al baño ritual en el río, se construían enramadas en la orilla bajo las que se cantaba y bailaba y se competía por ganar la vara de premios; en San Pedro desfilaban cabalgatas y sus jinetes, a menudo, participaban en la descabezadura de gallos, también se celebraban corridas de toros y, por las noches, se hacían fuegos artificiales. A ellas se agregaban algunas tradiciones derivadas de las costumbres españolas pero que tenían sus aportes locales, en particular en lo gastronómico y musical, como las de sacrificar y hornear cerdos para preparar el asado que es el plato de la fiesta, el hacer bizcochuelos, insulsos y arepillas, el aguardiente "resaca" y la mistela y, además, el cantar coplas picarescas improvisadas en ocasiones en los fandanguillos y fandangos y contrapunteos y las cucumbas que acompañan los bambucos. También deben mencionarse otros rituales: estrenar una muda de ropa; carburar la casa; contemplar la sombra del cuerpo que haga proyectar el primer sol del día de San Juan sobre las paredes recién encaladas para advertir si no le espera muerte el año próximo; visitar al patrón para llevarle asado y quemar el taitapuro.

Don José María Samper, en 1861, describió estas gentes:

La estatura de los individuos es generalmente mas que media y bastante enhiesta y musculosa, particularmente sobre las orillas de los ríos; los cabellos oscuros pero no absolutamente negros, son casi crespos; la tez de color blanco mate un poco amarillento; el ojo muy ardiente y apasionado; el acento abierto, libre, rápido y caloroso; el andar ligero y fácil, sobre todo el de las mujeres, que tiene algo de voluptuoso; las maneras francas y desembarazadas, y el carácter accesible y alegre. En aquéla comarca el sentimiento de independendencia personal y de interés por los negocios públicos se manifiesta mas enérgicamente que el sentimiento religioso. Las pasiones, que son violentas, se inflaman y calman fácilmente; las riñas son bastante frecuentes, gracias, por lo común, al aguardiente y las querellas de amor. Allí se tiene

gusto por la pesca, la caza á pié, con escopeta, la natación, la música, las canciones populares, los bailes ruidosos y muy animados, las carreras á caballo (sobre todo en el mes de diciembre y las fiestas de San Juan y San Pedro), los regocijos públicos, el cigarro y la bandola, la agitación de las elecciones, el lujo, la galantería ardiente, las cenas al aire libre, no poco el juego de naipes y dados, y las corridas de toros, muy diferentes de las de España. En una palabra, se gusta de todo lo que es conmovedor, que impresiona fuertemente, que apasiona y puede satisfacer á organizaciones tropicales.

A pesar del clima, que predispone a la somnolencia y la pereza en ciertas horas del día, en que el reposo es casi necesario, las gentes aman el trabajo, pero no el trabajo por el trabajo, se entiende: es la esperanza del placer, del goce, la que les hace aceptar todas las fatigas con gusto. Por lo demás, allí se trabaja siempre cantando, silbando o divirtiéndose con la charla ruidosa y burlona. Las multitudes son honradas, muy hospitalarias, benévolas con el extranjero, amigas del aseo y aún de la coquetería, algo frugales y mucho más sobrias que las gentes de las altiplanicies. Sus hábitos y costumbres son generalmente libres; su grado de bienestar muy superior al de las poblaciones andinas. Las gentes del alto Magdalena son muy capaces de aceptar todo progreso, muy entusiastas por las reformas, las novedades útiles y las ideas liberales, bastante inteligentes y despreocupadas, y fáciles de dirigir por medios benévolos. Por desgracia, carecen casi absolutamente de espíritu de economía y previsión, pues gastan siempre el domingo lo que han ganado en la semana, ó si ahorran algo es para invertirlo en joyas ó con el fin de gastarlo en las fiestas populares de junio y diciembre ó del santo patrono del

lugar¹¹.

La fiesta del *desierto* se realizaba en Patá, Potosí, Guacirco, Peñas Blancas, San Alfonso, Fortalecillas, Motilón, La Mata, Aipe y Villavieja, en los alrededores y cercanías del Desierto de la Tatacoa y en el Caguán y el Triunfo, cerca de Neiva. En estos sitios eran muy notorias las pervivencias culturales indígenas al subsistir algunos descendientes o haberse mantenido las costumbres aborígenes. Ellas se expresaban en los ritmos musicales generados por las múltiples maneras de tocar la cucamba y entre las que se contaban el pasamanos, el paloparao y el machorrenco; también aparecían en la conformación del *pichinche* o conjunto musical fiestero. Pues este terminó agrupando a los instrumentos autóctonos -el ciempatas, el chucho, el carángano, la cucamba, la carrasca, la esterilla y la flauta de queco- junto con instrumentos de origen extranjero -como la guitarra- y a los que deben añadirse los mestizos como el tiple y la puerca. Asimismo, las pervivencias indígenas se manifestaban en los estilos de la copla (que, a más de ser picaresca como en el río, tendía a ser irónica y de protesta, fermento del rajaleña), y en las danzas guerreras y festivas que entonces se recordaban y en la chicha como bebida de las celebraciones¹².

En la *sierra*, en cambio, la fiesta se celebraba, por un lado, en las faldas de las cordilleras oriental y central y, por otro, en el sur del Departamento en el valle de Laboyos. En el primer caso, eran fiestas de los colonos huilenses, tolimeses, cundinamarqueses y antioqueños que les disputaban la tierra a los grandes hacendados o se abrían paso hacia el Caquetá tras los sueños de la quina y el caucho; en el segundo, eran las celebraciones de los numerosos indígenas y mestizos nariñenses y caucanos que se habían asentado en las haciendas del Avispero y Laboyos (en los territorios de los actuales municipios de Suaza, Acevedo y Pitalito), para desplazar a los aborígenes y hacerse pequeños

¹¹ José María Samper. *Op. cit.*

¹² Véase la citada conversación con Antonio José Cuéllar. También la entrevista con Jorge Villamil publicada en el *Diario del Huila*, el 25 de junio de 1989, y la tesis de Jaime Chavarro, Nora Lozano y Vicente Trujillo, *Transformación de los actores, prácticas y textos del rajaleña en Neiva*. Neiva, 1993.

propietarios al parcelarse esas grandes propiedades¹³.

Es de suponer que las fiestas de los colonos apenas fueran un alto en el duro trabajo. Las de los indígenas y mestizos, en cambio, mantenían su sentido de celebración religiosa, integración comunitaria y fiesta pagana: algunos asistían la misa en honor al Papa o comían el plato de la fiesta, casi todos se entregaban a los bailes y a beber el guarapo enfuertado en calabazos y la chicha; a diferencia del río, los presentes no se entregaban a los dueños de las haciendas, con quienes mantenían constantes conflictos, sino a los curas párrocos. Los dueños de fincas, a su vez, sacrificaban marranos, gallinas y bimbo criollos, el día de San Juan o en la víspera de San Pedro; desayunaban con tamales, almorzaban asado y por la tarde se divertían bailando con familiares y amigos. Por entonces, en esos contornos la crianza de cerdos superaba en número la de ganado vacuno¹⁴.

Norte y sur

Entre 1930 y 1946, las regiones culturales del Huila se transforman. Ya no son más río, desierto y sierra. Tres factores contribuyen a ello. En primer lugar, las carreteras que cruzan el territorio y comunican a Neiva con Florencia, en los años 30, y con Pilalito, en los 40, permiten integrar el Departamento; con todo, en segundo término, las procedencias culturales, los tipos de analfabetismo, las tierras, la forma de propiedad de las mismas, las tecnologías utilizadas y los productos resultantes, permiten ahora distinguir con claridad dos zonas; la *Norte* y la *Sur*; aunado a lo anterior, en tercera instancia, la confrontación de los partidos conservador y liberal en el país, hace que en el Huila cada uno de ellos propenda por ser hegemónico en una de las zonas descritas y de enfatizar sus diferencias.

¹³ Conversación con Pedro Silva Silva, en noviembre de 1989, y con Tobías Silva Silva, en junio de 1992.

¹⁴ Ver las estadísticas que sobre el asunto aporta la Comisión Aldeana en su informe sobre el Huila, en 1934.

Por estos años, el Norte es un área de alta población mestiza y criolla, es liberal en política, su economía es pecuaria y agrícola con una incipiente tecnificación, la tendencia mayoritaria en la propiedad de la tierra es al latifundio y en ella es mayoritario el analfabetismo masculino. El Sur, por su parte, tiene un alto influjo de los mestizos provenientes de Nariño y el Cauca, es conservador en política, su economía se basa en la producción agrícola, hay cierta tendencia al minifundio y allí es mayoritario el analfabetismo femenino¹⁵.

Las del *norte* se celebran en los pueblos circunvecinos a Neiva y en los de la ribera oriental del río Magdalena. Por su parte, las fiestas del San Juan conservan el baño ritual, se tornan más colectivas gracias a las parrandas de tunantes y se pierden las visitas a los "amos", a los patronos, para llevarles el asado. En los jolgorios de San Pedro se incorporan formas celebratorias como los desfiles de mojigangas, danzas y comparsas y, a partir de los años finales de la década del 40, ya tuvo una canción que se tornó popular porque describió el sentimiento de las fiestas y permitió exaltar la identidad de los opitas: "El Sanjuanero" de Anselmo Durán Plazas y Sofía Gaitán.

Las del *sur* se celebran en las áreas de influencia de Pitalito y La Plata. Las fiestas de San Juan no se destacan por el baño ritual pero cuando se lleva a cabo hombres y mujeres lo realizan por separado; las parrandas de tunantes no son significativas y, por ende, los regocijos conservan su arraigo familiar y religioso sincrético. El San Pedro tiene su carácter de intercambio de visitas, comidas y bebidas.

Asimismo, por otro lado, es necesario recordar que en el Departamento, se comenzaba a percibir una leve ruptura de la sujeción de los campesinos a los terratenientes debido, en parte, a la independencia económica que les generó el desarrollo del café como agricultura de exportación a partir de 1925; también hubo conflictos entre colonos y propietarios que en algo fueron alimentados por

¹⁵ Ver los Anuarios Estadísticos del Huila en los años 40, en particular el de 1946. También el libro de doña Virginia Gutiérrez de Pineda *Familia y cultura en Colombia*, Bogotá, 1968.

la Ley de Tierras de 1936; Neiva entró en una etapa de modernización como resultado de la apertura de las carreteras que la unían con Florencia, Pitalito y La Plata, la llegada de la línea férrea en 1938, la creación de bancos en 1932 y 1946 y la mayor presencia de diarios nacionales, la radio y el cine¹⁶.

Esta enumeración nos comprueba el clima de apertura económica y de rápidos cambios en todos los órdenes; también, nos advierte de las tensiones sociales latentes y la conflictividad política que se vivían en Neiva y, en menor medida, en el Departamento. Por otro lado, nos sugiere que esta capital -con carreteras, tren, bancos y medios masivos-, comenzaba a adquirir aires urbanos, a volver anónima e individual su vida cotidiana y, por tanto, a disolver las tradiciones del pasado.

Las fiestas también expresaron estos tránsitos y zozobras del momento. En particular, los conflictos entre el pueblo bajo y la élite local, que, por ejemplo, estallaron con motivo de las celebraciones por la llegada del tren en 1938¹⁷.

Empero, a principios de los años 40, los jolgorios de junio mantuvieron su duración de 10 días en las áreas rurales. Entonces, era común ver las parrandas de tunantes, los grupos de personas -a caballo, los propietarios; a pie, el pueblo raso- que peregrinaban de vereda en vereda con un pichinche. Este entonaba los aires del fandanguillo y el rajaleña y prendía la fiesta donde llegara. Matronas y muchachas participaban en estas parrandas y se diferenciaban entre ellas por los trajes con cintas, las casadas, y las flores en el lado izquierdo del cabello, las solteras¹⁸.

En los municipios comenzaron a organizarse desfiles en los que hacían presencia las mojigangas, compuestas por los mitos del Alto Magdalena, algunas danzas de ancestro indígena y el Taitapuro y el Matachín del carnaval

¹⁶ Sobre el café en el Huila, ver el trabajo inédito de Bernardo Tovar (1988), *La región y sus mercados*. Sobre la modernización de Neiva, ver mi artículo "De la insularidad al naufragio", en *Economía, política y cultura - Huila, años 80*. Neiva, 1986.

¹⁷ Conversación con don Luis Leytón, testigo presencial de los hechos, marzo de 1989.

¹⁸ Ver la citada entrevista a Jorge Villamil.

español. Por estas calendas se volvió a perseguir con mayor rigor la producción del "resacao" para favorecer las rentas departamentales y el monopolio estatal; sin embargo, las gentes no estaban dispuestas a romper con la tradición de destilar "su cochada": lo siguieron produciendo aunque ahora se lo estigmatizara con el nombre de "contrabando".

Pero mientras las fiestas de San Juan alcanzan mayor pompa en los campos, las de San Pedro decaen en Neiva, donde dejaron de celebrarse en los años 40, en cierta medida, por causa del enfrentamiento señalado.

Las fiestas urbanas y dirigidas

Para el período entre 1946 y 1960, los festejos pierden su duración de diez días por cuanto tienden a desaparecer las fiestas rurales de San Juan debido a la violencia política que asola el país y el Departamento. Sin embargo, por paradoja, las de San Pedro se mantienen en los municipios porque en ellos hay mayores garantías de seguridad. A su vez, el gobernador militar las intenta revivir en Neiva, con motivo del cincuentenario del Departamento en 1955.

Las fiestas de San Pedro se venían celebrando en el Club Social, de manera privada, desde 1952, con comparsas, coplas y el baile típico. Es de interés recordar aquí que, pocos meses antes, había habido otro enfrentamiento entre el pueblo bajo y la élite local ocurrido a raíz del Reinado del Deporte. A partir de 1956, algunos miembros del Club promueven la fiesta pública al realizar desfiles por las calles de la ciudad. En ellos participan carrozas que recuerdan a los campesinos, a los bogas, la molienda, la familia Castañeda, el hornillo y los rajaleñas.

A finales de 1959, la Asamblea del Huila diseña la nueva fiesta: mediante la ordenanza 44 la convierte en un Festival Típico con tres días de duración (28, 29 y 30 de junio) y lo inscribe en el Calendario Turístico Nacional. Al lado de esta búsqueda de divulgación (que permite inferir las intenciones de comercializar los festejos), la дума crea para dirigirlas una Junta Folclórica en la que sólo tienen representación el Gobierno Departamental y la Asamblea. A la vez, convoca a todas las poblaciones del Huila y a sus colonias, a vivir las festividades en Neiva; también decreta vacaciones colectivas para los

empleados públicos. Es decir, propone una fiesta recortada en sus tiempos, dirigida por el gobierno y centralizada en la capital del Departamento. Pero, además, por si faltase público, cuenta con los empleados estatales; así es, por tanto, una fiesta oficial.

De esta manera, suprimido el San Juan por la guerra civil, el San Pedro queda convertida en una celebración a la que se le ha cercenado la raigambre y la participación popular para convertirla en un espectáculo rentable. ¿Tuvo que ver en esta organización de los festejos el conflicto social que se presentó durante el Reinado del Deporte 1952? ¿Imponía la compleja y conflictiva situación del país a la clase dirigente la necesidad de apropiarse de la fiesta para evitar nuevos estallidos de descontento popular? O, sin más, ¿la ordenanza de 1959 que resume el proceso de las celebraciones en Neiva durante los años 50, no pretendía otra cosa que integrar al Departamento, proyectarlo al país y, de paso, recibir el dinero que dejaran los posibles turistas?

El minucioso recuento de uno de los protagonistas del proceso -el doctor Miguel Barreto- hace suponer que el propósito de los organizadores fue el de crear y fortalecer espacios para la catarsis que implican las fiestas y que en ellos no hubo intenciones conscientes de manipulación política.

Con todo, otras respuestas a los anteriores interrogantes hay que buscarlas en el rumbo que toman las festividades, en Neiva y en el Huila, a partir de 1961. Con la Ordenanza 64 de finales de 1960 y "por la cual se fomenta el turismo", la Asamblea vuelve a reorientar el Festival Típico. Ahora lo convierte en un Reinado del Bambuco de cobertura para la región surcolombiana y, a su lado, abre concursos para premiar las tradiciones folclóricas.

Con estas nuevas disposiciones, la fiesta no solo queda reducida en sus tiempos (tres días) y en sus espacios (los urbanos y del Reinado), sino que constriñe sus expresiones tradicionales (las músicas, las danzas, los rajaleñas) a la competencia de los concursos, imponiéndoles un elemento extraño que las artificializa y transforma su sentido. Al mismo tiempo, al ordenar a los municipios del Huila hacerse presentes en las fiestas neivanas y a participar en la elección de la Candidata Departamental al Reinado del Bambuco, se consigue que pronto el modelo de las fiestas capitalinas se multiplique en las poblaciones huilenses

y, en especial, en municipios como La Plata y Garzón que ya habían construido sus propias formas para celebrar las fiestas de junio¹⁹.

Las fiestas masificadas

Con el correr de los años 60, 70 y 80, el Reinado del Bambuco y el Festival Folclórico alcanzan el prestigio, según los comentaristas de los medios masivos, de ser el segundo reinado del país (después del de la Belleza en Cartagena) y de ser la primera fiesta folclórica del país²⁰.

Estas circunstancias han transformado la fiesta. Ahora se la puede seguir paso a paso por la prensa nacional, la radio o por los noticieros y programas especiales de la televisión. En ellos poco se muestra la fiesta popular. Asimismo, de las antiguas tradiciones sanjuaneras, en Neiva subsiste la peregrinación al río, pero ya no para el baño ritual, sino para asistir al desfile acuático de las reinas departamentales y en un día que no es el de San Juan; la mistela y el "resacao" desaparecen ante la presión de los licores nacionales y extranjeros que, además, dejan pingües ganancias a las rentas del Huila; el marrano poco se lo sacrifica en el viejo ritual familiar porque se compra preparado; las tardes de toros abiertas a los espontáneos han dado paso a las corridas con toreros profesionales y el Taitapuro fue quemado de manera definitiva porque sus coplas, al parecer, no decían nada a los turistas.

A su vez, los espacios sampedrinos también se han transformado: no son más la iglesia, las plazas y casonas de principio de siglo. La iglesia cierra sus puertas los días de jolgorio; en muchos casos las plazas y parques no son lugares públicos para la fiesta y la integración popular: a las gentes se las hace bailar a las afueras del municipio o se las arrincona en la Calle del Festival; los clubes y casetas reemplazan a las casonas. La fiesta ya no rompe demasiado la cotidianidad. Los bambucos y pasillos son ahora para oír, para bailar está la música de moda. El santo que terminó dándole su nombre a la fiesta, yace hoy

¹⁹ Conversación con don Augusto Cuéllar, en La Plata, en agosto de 1994.

²⁰ Este es ya un lugar común para los comentaristas de radio y prensa.

bajo la pompa del nombre del Reinado Nacional del Bambuco. A veces se lo ve deambulando a la deriva por las calles, con su entrecano pelo revuelto, la barba sucia, y vestido con una astrosa túnica roja en la que junto al pecho tiene el emblema de Coca-Cola.

La fiesta es hoy una gran empresa económica estatal y privada y a la que se le saca partido político. Esta retomó la tradición popular huilense campesina y arbana, le quitó su sentido de liberación y renovación y le restó su espontaneidad y, de esta manera, la convirtió en una *celebración espectáculo* controlada, rígida y administrable desde Neiva o cada una de las cabezas de provincia: Garzón, Pitalito, La Plata. Es decir, a la mayoría rural y popular se le cambió su fiesta participativa por una programada en la ciudad y en la que aquella pasaba a ser mera espectadora.

Pero, sobre todo, la fiesta resulta rentable para el gobierno mismo, los hoteleros, las casas disqueras, las industrias de licores, los medios masivos, los supermercados, bares, restaurantes, discotecas, boutiques... y también para los políticos que coronan reinas populares para mejorar su imagen, y para la casta compuesta por los diseñadores de trajes y carrozas, los bailarines y comentaristas que suplantaron la opinión popular al decidir qué es lo que resulta adecuado y *típico*: algo que se asemeje a lo antiguo pero que no tenga su capacidad de provocación original o, al menos, de sugerir su verdadera historia.

Hoy la fiesta ha sido trasladada al lunes y, de hecho, convertida en el último puente largo del mes de junio. De allí que sea muy frecuentada por gentes en vacaciones o empleados que buscan escapar al agobio de la gran ciudad. Sin embargo, por el peso de la costumbre, muchos huilenses continúan regresando a sus casas desde otros Departamentos para pasar la fiesta en familia: no se ha logrado destruir del todo el sentido original.

Para acoger a los visitantes cada población celebra un reinado, por lo general, a nombre del Bambuco. A su lado, perviven algunas tradiciones en ciertos lugares: el baile popular, los castillos de pólvora, la descabezadura de gallos, la vara de premios, el Taitapuro, la vacaloca. Con todo, las fiestas municipales han estado sometidas a las programaciones elaboradas en Neiva o en los

municipios más grandes que a vivir su propio presente y búsqueda de nuevos sentidos. Durante los últimos años, los enfrentamientos políticos con la cúpula Departamental, los procesos de descentralización que vive el país y los pocos recursos presupuestales, han venido obligando a los municipios más pequeños a volver, en cierta medida, a su propia fiesta.

En Neiva, la presión de los estratos bajos hizo establecer el reinado popular desde 1965, ampliando el tiempo de la fiesta contra los límites señalados por la Ordenanza. Al mismo tiempo, las tradiciones populares perviven dentro de lo masivo, por ejemplo, en los encuentros familiares y vecinales, en la elaboración colectiva de las carrozas para las reinas populares, en la toma simbólica de la ciudad realizada por los barrios y sus candidatas, en la participación de las comparsas, en las opiniones que emiten las gentes sobre el baile de las candidatas: ellas revelan un agudo conocimiento de la estética y de la transformación del bambuco aunque ahora se haya tornado en un *baile de escenario*.

Lo popular pervive dentro de lo masivo también en la forma de asumir los símbolos. Hoy han desaparecido las fogatas, pero algunas familias raizales, en especial en los barrios más antiguos o de invasión, realizan el paseo al río, la degollada del cerdo, la comida del asado en familia y el envío de "la prueba" (ya no al patrón o al cura sino a los vecinos), la carburada de la casa y la compra de la muda de ropa. En estos casos, el marrano tiene su sentido de comunión, de comer una carne desde antiguo cargada con sentidos transgresores y que no se utiliza a menudo en otras épocas del año.

Como las fiestas, los símbolos vegetales (las hierbas que se recogen la noche de San Juan), animales (marrano, caballo, toro, gallo), míticos (Taitapuro), religiosos (San Juan y San Pedro), se han ido transformando hasta el punto que la mayoría ya no recuerde sus significaciones. Las fogatas, la altamisa y el agua de los ríos el día de San Juan ya no tienen propiedades mágicas que antaño se le suponían; el caballo ya no sugiere fecundidad y ha sido reemplazado por las motos o compite con ellas en las cabalgatas; a casi nadie le recuerda la descabezadura del gallo le recuerda la traición de San Pedro. Con todo, en el fondo, las fiestas de San Juan y San Pedro persisten como la *estación del amor*, la de los encuentros

amorosos. Así ya ninguna pareja le pida hijos a San Juan. Y el último día de la fiesta no esté dedicado ahora a San Churumbelo, sino a San Emiliani, el senador que propuso pasar los días festivos a los lunes²¹.

Sin embargo, hay un evento de la fiesta que revela la complejidad y riqueza de los procesos vividos y, en especial, la lucha de los capitales simbólicos. Es el reinado popular municipal en Neiva. Acerquémonos a él desde una perspectiva diferente de la historia: desde la crónica con pretensiones sociológicas.

La ebriedad de los apóstoles

Una crónica sobre el reinado municipal en Neiva en 1989²²

El plato de la fiesta

Por enero cada familia compra su lechón. En los barrios populares y más tradicionales de Neiva, los parientes cercanos acuerdan la compra en colectivo del chanco que sacrificarán en las próximas fiestas de junio -por el San Juan, por el San Pedro-, en los alcoholes del estribo de las celebraciones de Año Nuevo. A veces lo aporta el más rico, el más pobre, el cuñado más reciente, para conseguir merecerse el respeto, ser tenido en cuenta, ganarse la confianza. En ocasiones, cuando las familias son clanes consolidados, año tras año se sigue un turno riguroso.

Al marrano lo sueltan en el solar, en el patio. Si el espacio es más reducido, le improvisan una cochera o lo amarran en la calle, frente a la casa, a pesar de las prohibiciones policiales; pues todos, incluidos los empleados del coso municipal, los de salud pública, respetan el sagrado plato de la fiesta. Durante los meses siguientes lo alimentan con sobras de comida propia o de la parentela vecina. En ciertos casos le dan un nombre; con ese gesto, el animal entra en las

²¹ Ver el programa del Reinado de la Guayaba, Pitalito, 1989.

²² La crónica que sigue hace parte de un trabajo más extenso que se hizo con el apoyo de la Beca Francisco de Paula Santander, otorgada por COLCULTURA, en 1989.

conversaciones de sobremesa donde comentan su ánimo, su voracidad, su crecimiento.

El deseo de ser reinas

Con las primeras lluvias de abril, las muchachas comienzan a acariciar su deseo de convertir en realidad uno de los juegos más queridos de la infancia: el de las reinas. Solo que ahora no sueñan con serlo del círculo de primas o de su curso escolar, sino del barrio, reina popular de la ciudad, posible candidata al reinado departamental. Y de los desfiles a pie por patios, corredores, aulas y aceras y las coronas de papel dorado y rosas robadas de algún antejardín y las ceremonias a la sombra del almendro más grande de la cuadra, sueñan con saltar a desfiles por toda la urbe en autos descapotables, a ser vivadas en bailes, reconocidas en la calle, reina la noche de coronación en el Coliseo. Para lograrlo, calculan quiénes serán sus oponentes, el apoyo que puedan recibir de los vecinos por la trayectoria de sus allegados en el sector, la resistencia de su familia para permitirles participar en el concurso. Entonces extreman simpatía y en secreto ensayan *el sanjuanero* ante el espejo de su cuarto.

La ronda

A principios de mayo, el mes de la Virgen María, las muchachas sienten un tibio vacío en el estómago: tienen noticia de la inminente llegada de la caravana de las fiestas, de la Ronda. En algunos años, La Junta Comunal y el notablato del lugar se reúnen para elegir las posibles candidatas y entrevistarlas, con la venia de los padres. Quieren saber quién es la más desenvuelta, la que tiene mayor facilidad de expresión, tal vez conocidos importantes; pues esto les importa más que las destrezas de bailarina o la belleza criolla o mestiza. En otras oportunidades, si a primera vista no hay muchachas elegibles o el barrio es muy nuevo o no está muy dividido, se anuncia la fecha de la Ronda y se convoca a concursar en ella por la corona del barrio.

Pronto pitos y perifoneos llenan las calles del vecindario alguna noche entre semana o la tarde de algún sábado o domingo. Y como si existiera un acuerdo de respetarse territorios y públicos, nunca se cruzan con los cánticos y rezos de las procesiones de la Virgen, que, por las mismas fechas, programa la parroquia

vecina. Así la caravana del Festival tiene campo abierto para el despliegue de su bullicio. Las gentes se paran de los taburetes que han sacado a las aceras para tomar la brisa del atardecer o salen de sus casas, de las tiendas donde se han reunido a esperar, para recibir el furgón de la Licorera, la Banda del Departamento, los transmóviles de las emisoras, los autos con funcionarios de la Corporación del Festival, del Instituto de Cultura, de la Alcaldía y, también, con los políticos. Ahí comienza la Ronda.

Todos se arremolinan en el sitio previsto: el parque, la caseta comunal, la cancha de baloncesto o, de vez en cuando, en la escuela. El furgón reparte aguardiente, la Banda toca, las emisoras entrevistan a las gentes. Los muchachos rebuscan el trago, los niños curiosoan, los adultos beben y conversan con conocidos que habían dejado de ver y, cuando el alcohol les suelta la lengua, se acercan a los transmóviles para intentar decir las tres o cuatro cosas que han guardado entre pecho y espalda durante el año.

En ese momento, una voz melosamente profesional impone silencio por los altoparlantes. *Sonido, sonido; un, dos, tres... Atención.* Las directivas del Festival saludan a la comunidad y dan inicio al programa. Poco después llegan para las muchachas los minutos de la verdad: deben bailar el sanjuanero ajuaradas con la ancha falda típica que les prestan los de la caravana. En ese instante, el gran sueño debe sacar a flote todo el saber acumulado en los juegos a reinas, en los grupos de danzas de la escuela y el colegio, en las veladas de fin de curso, en los ensayos clandestinos en su propio cuarto ante el espejo, en los ensayos con parejo.

Sin embargo, no son muchas las que consiguen expresar la agreste aproximación amorosa de la danza; las que interpretan los *ocho pasos* con la coqueta arisquez y la picardía que los neivanos más tradicionales esperan y aprecian. Les suele faltar encanto y agilidad en el encuentro que suponen los giros en *ocho*, sutileza en el momento del *coqueteo*, asombro entre disgustado y plácido en el instante del *secreto*, justo cuando el parejo susurra su proposición amorosa.

Y si el baile les resulta carente de gracia, sobre todo a las hijas de los

emigrantes a Neiva, es porque el sanjuanero con sus fijas coreografías les impide expresar la aproximación amorosa de las quinceañeras de hoy. Pues aunque lleven el bambuco fiestero en la sangre, casi nunca lo pueden ejecutar con la frecuencia que implica una tradición folclórica arraigada, ni en sus reducidas casas tienen a mano amplios espacios para bailar ni, menos, el hábito de llevar anchas faldas y blusas bordadas que *tal vez* puedan ser símbolos de un pasado campesino que no conocen o prefieren no recordar. Por el contrario, en las ensordecedoras fiestas de los sábados al atardecer sí que se sienten ellas mismas. Allí son ángeles, más allá de la sed y el hambre, que se conforman con un rincón o unas pocas baldosas donde naufragar aleladas, con los ojos entrecerrados, arrastrando los pies e inventando insólitos pasos mecánicos, robóticos, junto con el muchacho que les gusta, hasta que el sudor les empapa las espaldas, les transparenta las telas baratas revelando fragmentos de sus pechos de niñas.

Este choque entre las rigideces del sanjuanero y lo que sus cuerpos quieren expresar, torna inseguras a la mayoría y, por consiguiente, las hace atemorizar ante el público y termina perdiéndolas en la inmensidad de la pista, enredándolas en la falda que les acaban de prestar. Las otras, las que tienen mayor memoria urbana y, por tanto, aunque de manera inconsciente, son más diestras en los artificios de la simulación seductora, levantan las piernas más arriba de lo indicado, mecen los hombros con arrebatos, abren la boca con una displicente espontaneidad teatral, se muerden los labios con fingida concentración. Así consiguen que el barrio ruja, se ponga en pie, aplauda con frenesí.

Es esta la versión contemporánea y paródica del sanjuanero: el sanjuanero de escenario. Contemporánea, porque conjuga la coreografía establecida, la mentalidad urbana, el espacio escénico al que fue arrinconada una danza antes colectiva, con sus funciones actuales: el espectáculo y la competencia. Paródica, porque ya no se trata de aceptar los requiebros del parejo, quien resulta un mero pretexto: se aspira hechizar al auditorio. No es el resignarse a ser seducida, es el seducirlos a todos.

Las gentes no se pierden en estas divagaciones. Más bien se apresuran a practicar un consumado deporte local: rajar leña, aplicar su socarronería a los más leves defectos de las candidatas. Su carácter, su familia, su pasado, sus

estudios, su baile, sus atributos físicos, son sometidos a examen por las lenguas del vecindario. Pero, poco más tarde, olvidando los despellejamientos, se afanan por conformar las barras que favorezcan a la mejor bailarina, al cuerpo trigueño más gracioso, a la que tenga mayor tiempo de permanencia en el barrio, mayor capacidad de expresión y sepa relacionarse con facilidad. En resumen, a la que se le vea empuje para hacer algo por el barrio, servirle de vocera. Es como si eligieran alcalde o concejal: tienen el mismo abierto escepticismo pero, en el fondo, la secreta esperanza de que, a pesar de las componendas posibles, este año gane el barrio "para que se nos tenga en cuenta o, al menos, la fiesta dure un par de días más".

Por eso cuando las candidatas terminan de bailar, los gritos y aclamaciones ya lo han decidido todo. La Junta Comunal y la Corporación encargada de organizar la fiesta no hacen otra cosa, casi siempre, que acatar el veredicto de los asistentes. Quieren evitarse problemas. Con todo, suele haber lágrimas, protestas, peleas. Lágrimas de las derrotadas, protestas de las barras vencidas, críticas a la designada y, en algunas oportunidades, alejamientos irreconciliables y divisiones territoriales: el barrio se subdivide en zonas y cada una alista su candidata. Estas efervescencias son aprovechadas por los políticos para decir algunas palabras salomónicas que les reporten buena imagen. Las directivas de la Corporación del Festival le desean suerte a la elegida, advierten que hay cupo para todas, y se marchan a otro barrio con su música y su aguardiente.

Los pobladores retornan a sus casas, a los taburetes de las aceras, a las tiendas más próximas donde, melancólicos o alegres, seguirán dándole vueltas al tema. Comienza a hablarse de la fiesta. La Ronda ha terminado. Sin embargo, no del todo: algunos muchachos olvidan sus recelos con los de los barrios vecinos, se lían en la cabeza la esperanza de una gran aventura, y se suman a la caravana.

Pero la caravana nunca pasa por ciertos lugares: por los condominios cerrados de las clases altas, las urbanizaciones de la clase media, los terrenos de invasión. En ellos no se toman el trabajo de elegir candidata. En los dos primeros, porque tienen la certeza de que ya no necesitan voceras ni quieren exponerse a ser objeto de comentarios y, además, prefieren vivir las fiestas en los límites de sus círculos, sin romper demasiado la cotidianidad, aunque en algunos eventos -los desfiles, por caso- participan del jolgorio colectivo a

caballo, "juntos pero no revueltos". Por otra parte, a las niñas de los condominios las designarán por decreto para representar al Departamento en los reinados nacionales cuando tengan la edad y estén dispuestas a asumir parte de los gastos. A las de las urbanizaciones, sus padres no les permiten presentarse, pues saben de rumores sobre la utilización política de las elegidas o sobre el número de ellas que engrosan las estadísticas de las madres solteras nueve meses después de la fiesta. En los terrenos de invasión es casi seguro que ninguna de las muchachas cumple con el décimo grado requerido para ser reinas del barrio; aunque la verdad, la otra verdad, es que ni siquiera existiera la Alcaldía no los tiene registrados en su mapa.

La preparación de la reina

Para las muchachas elegidas comienza una vida más dorada, intensa, extenuante. Una vida que hace a un lado su cotidianidad de colegiala, oficinista, dependiente de almacén, y les imprime un aire de importancia que, de súbito, les suaviza los gestos, les refina el vocabulario, les otorga una misteriosa incandescencia a su mirada. Ahora les florecen las frases aprendidas de las canciones de radio, las poses tomadas de las actrices de cine o televisión y, también, sus temores sociales: no están muy seguras de cómo caminan, de cómo se comportan, de lo que responden en las entrevistas. Con todo, unas pocas llegan a creer que ésta es su oportunidad para ingresar en un supuesto mundo culto, sofisticado, de maneras afelpadas y conversaciones indirectas, alusivas. No sospechan que, más bien, se exponen a ser maltratadas con implacable ironía. Otras sueñan conseguir un buen partido o, al menos, un trabajo. Ninguna puede olvidar, sin embargo, que son reinas de barrio, que deben su confianza al apoyo que logren de la gente. No pueden, pues, permitirse el lujo de la antipatía.

Se entregan con fervor a cumplir una apretada agenda. Primero, precisan los detalles de su preparación. Luego, junto con los del Comité de Fiestas que les hayan nombrado -casi siempre el presidente de la Junta Comunal, un tesorero, un secretario, algunos miembros de su familia-, planean las estrategias para recoger dinero y ganar popularidad. Para alistarse piden permisos en el estudio, licencias en el trabajo; hubo casos en que las expulsaron de los colegios más conservadores porque sus directivas consideraban denigrante aceptar la

postulación para reina popular. Después reúnen los certificados, las fotos, las firmas necesarias para la inscripción de la candidatura, consultan la fecha de coronación; se mandan a cortar el cabello a la moda, aprenden a maquillarse, se hacen tomar las medidas para el traje típico en la casa designada por la Corporación, hojean y repasan revistas para elegir los modelos de los trajes distinguidos que ordenarán donde la modista de su cuadra, siempre en telas brillantes, siempre en sianas o negros o azules marinos o púrpuras, los colores regios. Con estos últimos saldrán a los desfiles, asistirán a sus compromisos: de vez en cuando un coctel publicitario; por lo general, los sorteos de la Lotería que se celebran los martes por la noche en la Plaza de Banderas de la Gobernación, animados por orquestas conocidas, y adonde recalán las bandadas de pájaros -esos muchachos de barrios lejanos- que estrenan los pasos de baile que acaban de inventar y que les dan una identidad: los hacen únicos en toda la ciudad.

En esas rifas las reinas están unos escalones por encima de la multitud danzante. Y aunque sientan la música tropical bulléndoles por dentro, deben guardar compostura, porque han sido elegidas, en principio, para bailar el sanjuanero. De ahí el deber de no faltar a los ensayos que la Corporación del Festival programa. En ellos conocerán a las otras competidoras y se ejercitarán en la coreografía básica del baile reelaborada, año tras año, por el cerrado y jerárquico grupo de bailarines que contratan de modo invariable. Pero la sala resulta pequeña para tantas aspirantes, poquísimas las horas de ensayo, desdeñosos y crueles algunos bailarines, acostumbrados a preparar candidatas municipales o departamentales, que son incapaces de comprender sus orgullos recién adquiridos y las hacen sentir "reinas de desecho". Ellas y los de sus Comités de Fiestas, deben optar por conseguir parejas que las entrenen a domicilio en las ocho rutinas del baile y, en particular, sugieran una variación original que cautive al público sin escandalizar a los jurados. En estos ensayos, se harán conscientes los artificios de la simulación seductora.

A la par de estos vendrán las tareas financieras y promocionales: el baile de coronación, los bazares, las fiestas de cada fin de semana, los retenes para colocar insignias, los desfiles por el barrio y la ciudad, la distribución de las fotos. En ellas habrá lugar para que todos colaboren o participen. Los adultos en el baile y los bazares, los muchachos en fiestas y retenes, los niños viviendo

en los desfiles. En los barrios populares, en los más antiguos y en los que surgieron de las invasiones resultantes de La Violencia, estos días serán el único tiempo en el año para el encuentro de los vecinos. A veces, también son días para la indiferencia y el desencuentro, de acuerdo con la historia particular de cada vecindario.

El baile de coronación se realiza en un sitio "popular pero distinguido" -la caseta comunal, la escuela, un restaurante, en muy pocas ocasiones un club- con la asistencia de las directivas de las fiestas, de personalidades locales -políticos en especial- y de todos los noveleros del barrio. Para el acontecimiento, el Comité recibe quince cajas de aguardiente donadas por la Licorera, ocho palos de cerveza que aporta Bavaria, unas canastas de gaseosas con las que las embotelladoras estimulan o pagan la exclusividad para la venta de sus productos.

El discurso de coronación está a cargo del Alcalde, de un concejal, de un político o, en último caso, de uno de los notables del barrio. Siempre se habla de la importancia de participar en la fiesta, de conservar la tradición, de las calidades de la candidata y, entre líneas, se pasa factura por los servicios que el orador ha prestado al barrio. Luego viene la pompa de la coronación. Los parientes y los amigos de la reina la encandilan con los relámpagos de los primeros flashes que soportan. Son fotos imperfectas, desenfocadas, a contraluz, en donde ellas posan con la sonrisa de un sueño realizado.

Cuando les colocan la banda, al instante pierden el nombre. Dejan de llamarse Ludivia, Guerly, Magnolia, Edilma, Tatiana o Luisa Fernanda, para ser *reina*, *candidata* o *señorita*, apellidada con la denominación del barrio. Pocos días después, en los desfiles o en las narraciones radiales, serán Diego de Ospina, José Antonio Galán, José María Carbonell, Camilo Torres, Simón Bolívar, Reinaldo Matiz, José Eustasio Rivera, Jorge Eliécer Gaitán, Misael Pastrana o Las Acacias, La Colina, Santa Inés, San Martín, Timanco, uno cualesquiera de los más de ciento veinte repartos de la ciudad.

Los nombres de los barrios

Para elegir su nombre, los barrios surgidos de invasiones optan por recordar a los patriarcas: apelan al fundador del municipio, a los próceres antiguos y recientes, a los políticos o a las fechas históricas, como si les urgiera la necesidad tácita de invocar protección. En cambio, los más tradicionales o los de significativa procedencia rural, para nombrarse, describen las características naturales del entorno: Altico, Ventilador, Quebraditas, Pozo Azul. Entre tanto, la mayoría de los de clase media -esas urbanizaciones construidas a partir de los años 60-, invocan nombres de santos, sonoros lugares paradisíacos o de abolengo español o indígena. Como las bandas presidenciales, las de las reinas de barrio indican con claridad qué representan.

Pero del prócer sólo les quedará un apellido. Con él vivirán en los bazares de chicha, guarapo, aloja, tamales y empanadas y en los desfiles individuales que realizan para darse a conocer, repartiendo besos desde un jeep y acompañada de niños y muchachos entusiastas y la insistencia de los pitos.

La búsqueda de la popularidad

Las noches de los viernes, las tardes de los sábados y domingos, Neiva se puebla de estas bulliciosas caravanas que la cruzan en todas las direcciones anunciando la proximidad de la fiesta con un mes de anticipación. Con estos alborozos, la fiesta va construyendo sus lenguajes primeros -los gritos, los pitos- y también sus espacios: plazas, parques, calles.

En ellos, las reinas y sus comitivas continuarán la lucha por ganar popularidad. Realizarán retenes y peajes para imponer la insignia de cada candidata a los transeúntes, y así se tomarán las calles, las manzanas vecinas, el barrio, la avenida y muchas veces las aduanas a las afueras de la ciudad. Luego vendrá la toma del centro.

En las vitrinas de los almacenes exhibirán grandes fotos de sus caras, con una rosa en el pelo, o ataviadas con un traje típico hecho en el barrio o hasta en vestido de baño; en ellas ya no estará presente el paisaje de su vecindad, sino,

sobre todo, el oficial: los jardines de la Gobernación, la fuente del parque Santander, los lugares embellecidos según el gusto Miami de las entidades turísticas. Los comerciantes tendrán un nuevo atractivo para su negocio y las colegialas un pretexto para recorrer el centro aventurando opiniones sobre las aspirantes y soñando con su propia oportunidad.

Al mismo tiempo, las reinas concederán declaraciones para las emisoras y sus fotos saldrán en el periódico. Y, si el barrio ha logrado sacar un afiche de su elegida, su rostro deambulará en las ventanillas de los carros. De esta manera, las reinas de barrio terminan tomándose la ciudad. Durante días ellas serán el centro de las conversaciones.

Las vísperas

Mientras tanto, la caravana del Festival se desplaza ahora por el Departamento, de municipio en municipio, coronando las reinas locales que concursarán por representar al Huila en el Reinado Nacional del Bambuco. Por Neiva, las noches comienzan a alargarse. Los bares abren hasta más tarde, ocupan los andenes, la calle. Comienzan a subir los precios. Sobre todo, se encarece el marrano que ofrecen en los avisos clasificados, en las puertas de las Galerías o la ribera del Magdalena.

Las muchachas del servicio huyen o piden vacaciones; llegan patotas de estudiantes, primos apenas conocidos y la peregrinación de los opitas que viven fuera del Departamento. Asimismo, se inicia el éxodo de las familias de profesionales foráneos a quienes las fiestas agobian.

En cambio, en el Bienestar Familiar, en el ancianato, en la unidad psiquiátrica, en los juzgados, en los gremios, en algún bar de extramuros, preparan reinados paralelos: de los niños, de los ancianos, de los locos, los empleados judiciales, los caficultores, los travestis. Por unos breves días, todos se consideran dignos de crear otras jerarquías que subviertan los poderes establecidos: lo normal es la ebriedad.

A las puertas de la ciudad en vísperas, las capitales vecinas abandonan cargamentos de locos y mendigos. Los artesanos, los vendedores ambulantes,

los raponeros, las prostitutas, los burundangueros, entran de manera sigilosa y eligen sus territorios en Neiva. Pocos lo advierten. Los borrachos dialogan con los locos, los mendigos devoran viandas callejeras y bailan convertidos en reyes de burlas.

La hora del marrano

En los barrios tradicionales y los de alta migración campesina -aquellos de casas de un solo piso, alero, gran patio interior-, se da una mano de carburo o pintura a la casa, se cuenta el dinero para comprar una nueva muda de ropa y, hacia el 13 de junio, para el día de San Antonio, se trae del campo un racimo de plátanos para ponerlo a madurar. Es para cuando llegue la hora del marrano. Porque, dicen, "a todo marrano le llega su San Juan".

Con los familiares se fija la fecha de la matanza -el 23 o 24, los apegados a la tradición; los pragmáticos el 27 o el 28, si caen en viernes o sábado-, se hacen las listas de mercado, se compra el aguardiente, se elige la casa. Será la más grande: la de los abuelos, casi siempre.

El día señalado llegan los parientes con sus hijos después de la comida. Se cuentan noticias de familia; se recuerda a los ausentes, se demoran en chismes, se raja leña, se planean negocios caseros, mientras toman unas cuantas copas. A veces algunos tíos recuerdan canciones de antaño, echan de menos los vientos de San Juan. Luego mandan los niños a la cama para evitarles asistir al sacrificio.

Al amanecer alistan cuchillos, platonos con agua y se pasa al patio. Allí está el animal que ha contribuido, en parte, a tener unida la familia durante los meses anteriores y que será el plato de comunión. Los hombres lo rodean, lo apresan. El más viejo, el más diestro, le toca la vena bajo la garganta, le busca el corazón y con agilidad lo alcanza con el cuchillo.

El largo chillido de la agonía del marrano, inicia una alborada de chillidos en los patios vecinos. Después de los gritos y los pitos, es la tercera llamada. Ha comenzado la fiesta.

El animal es destazado. Comienza la tarea del adobo y la preparación del asado, las morcillas, las frituras, el queso de cabeza. Ahí cada familia traspasa de una generación a otra los secretos de la cocina regional. Se recuerdan las fórmulas de la bisabuela y se enseña a los más jóvenes los insulsos, las arepas de engrudo, el juanvalerio, los bizcochuelos, la mistela de yerbabuena. Hay trabajo para cuantos se presenten: preparar tinto, hervir agua, revolver especias, freir plátanos, envolver insulsos, cortar hojas para los tamales, repartir aguardiente, recordar coplas. Hacia el mediodía el aroma de las primeras pruebas de asado se expande por el vecindario y, de cada vecindario, pasa a sazonar toda la ciudad. Cuando no tienen dinero, los neivanos aseguran que en estas tardes basta con levantar en el aire una arepa de engrudo para impregnarlo con el aroma y comerse por lo menos la ilusión. Muy pocos, sin embargo, se quedan con las ganas.

La presentación de las reinas

Con todos los ruidos que Neiva ha ido acumulando en su afán por sentirse ciudad, después del chillido del cerdo, pocos son los que pueden escuchar la alborada y el desfile de bandas que inician la fiesta de manera oficial. Por el contrario, en los extramuros, quienes no han pasado la noche en vela en la matanza del marrano, se despiertan con la alegría de quienes esperan buenas sorpresas: ese día es la presentación de sus candidatas.

Se levantan temprano: hay que arreglarse y buscar las pancartas para bajar al centro con los del barrio a acompañar la muchacha. Además, lo cierto, es que ese día es el único del año en que todos los de la periferia urbana se toman el centro del poder: la Plaza de Banderas de la Gobernación.

En este acto inaugural de la fiesta es posible que a las muchachas les permitan estrenar el traje típico²³ donado por la Corporación. De no ser así, sólo podrán lucirlo en el desfile de carrozas y la velada final pero sin hacerle reforma alguna. Y a las muchachas les ilusiona lucirlo, así las asfixie la blusa blanca

²³ El traje que hoy usan las reinas, según Miguel Barreto, fue diseñado por miembros del Club Social en 1959 e impuesto como el traje de la fiesta.

escotada, manga hasta la mitad del antebrazo y plena de cintas o arandelas o les pese la falda semirotonda de sedas, estampada con flores, circunscrita por randas, y sus enaguas blancas con grandes encajes plisados. Algunas confiesan, mucho después de la fiesta, que aceptaron participar para recibir el traje, pues nunca hubieran podido comprárselo. Es todo un trofeo de juventud, la posibilidad de un recuerdo.

Si están sentadas, los hombros desnudos, semiocultas en medio de esa floración de sedas y encajes blancos que contrastan con los vivos colores de las faldas, los dorados de las randas, las bandas cruzándoles el pecho, parecen meninas, damas de las cortes virreinales, inquietantes princesas del último momento de esplendor de la nobleza. Las mismas anchas faldas, los mismos escotes, el frufú de las sedas. Pero al ponerse en pie para bailar se advierte la evocación de lo rural en las flores en el cabello, en la falda, en los pies descalzos. Mestizo y ambiguo, el traje actual impone dignidad en los desfiles, en los momentos de reposo y se torna dócil para el baile. No siempre fue así.

Después las candidatas deberán someterse a la observación y el interrogatorio de los jurados. A ellos les interesa conocer su cultura general y apreciar su belleza. Del baile y la popularidad que alcanzan juzgarán cuando ellas se enfrenten con el público.

¿Qué concepciones de cultura y de belleza se pondrán aquí en juego? De manera evidente, dos concepciones distintas, a veces opuestas. Pues mientras los jurados son personalidades de la industria, el comercio, la política, el arte, el periodismo, selectos miembros de la cultura letrada, las muchachas proceden de otros ámbitos. Sus bisabuelos o abuelos fueron analfabetos, la mayoría de ellas son neivanas, hijas de migrantes de los pueblos del Huila; otras nacieron en pequeños municipios: las menos, en las grandes capitales; es decir, provienen de esos sectores huilenses donde existe un peso importante de la cultura oral, de las lógicas asociativas, las nociones circulares del tiempo y reducidas del espacio y el pensamiento narrativo.

Para los primeros, la cultura que se posee se demuestra con un comportamiento social correcto, expresión fácil, títulos académicos, un alto cargo. Para las segundas, la cultura se expresa mediante los gestos y las habilidades y

elegancias verbales que desearían llegar a tener. Para ambos, cultura es la cantidad de información que se tenga sobre los temas de actualidad. Pocos, entre ellos, son los que perciben que la cultura es su propia historia, la experiencia y el saber que han ido cosechando para transformar el entorno, darle un sentido a su vida, soñar la utopía. Así, pues, el jurado termina otorgándole más puntos a la que más se parece a ellos.

El desfile

Las carrozas las crean las gentes de cada barrio para concursar por un premio en metálico. Por lo general, la noche de San Juan, los del Comité y los vecinos voluntarios alquilan un camión viejo y debaten el tema que van a presentar en su planchón. Recuerdan lo que han hecho en años anteriores, los materiales que tienen a mano, las telas que han conseguido a cambio de publicidad, las limitaciones. Comparten alcoholes y discuten. Se deciden, a menudo, por un diseño que recoja los aportes de todos y las utilerías conseguidas. Pero, pensando en los jurados, optan por motivos rurales o el pasado del Departamento. Les han dicho que premiarán la autenticidad y la originalidad.

Con todo, no logran entender cómo ser auténticos, cómo reproducir el pasado y, a la vez, inventar algo original. Otros replican que lo original es buscar algo que nunca se haya sacado. La polémica se vuelve de nunca acabar. En los afanes del amanecer terminan armando una casa campesina, con su horno de barro, sus plátanos, redes de pesca, tipleros y costureras. Así, el desfile es un río en el que navega el pasado por las calles de Neiva.

Las comparsas que participan en el desfile también se preparan en las barriadas. Campesinos o inmigrantes, expertos en múltiples oficios, las organizan año tras año con jóvenes familiares suyos, hijos de sus amigos y, a veces, alumnos de alguna escuela cercana. Ensayan en grandes solares, viejos patios, plazuelas. Se toman la calle disfrazados, danzantes, burlones y orgiásticos rememorando supuestos rituales campestres, liturgias paródicas, historias del pasado colectivo, tradiciones familiares cuyo origen nunca pueden explicar. En estos últimos años, tienen un alto grado de invención personal, de creación colectiva espontánea y participan en ellas gentes que vienen del teatro. Pero están reducidas a doce o quince que deben recurrir a los auxilios económicos del

Instituto de Cultura y a los aportes en especie que los comerciantes entregan a cambio de publicidad en las pancartas, en las camisetas, en las posibles declaraciones radiales. Ahora son comparsas publicitarias. De vez en cuando, alguno de sus capitanes, cansado por la edad, insatisfecho con las partidas pecuniarias y las nuevas exigencias para merecerlas, abandona el oficio sin formar sucesores.

Para el desfile, los pobladores vuelven a bajar de sus vecindarios al centro de la ciudad. Allí ocupan los lugares que, desde tiempo atrás, han advertido como los mejores para disfrutar el paso de carrozas, comparsas y cabalgatas. Los más frescos, los más sombreados. En cada ocasión, se ponen sus mejores galas y madrugan a ocupar su espacio. Nadie podrá desalojarlos: es ir contra las tradiciones festivas.

La velada de coronación

Luego de las abrumadoras jornadas de banquetes y actos públicos²⁴, llega la batalla definitiva: la velada de coronación de la reina popular en el Coliseo. Se sabrá, por fin, qué barrio vence en su toma de la ciudad. Se asegura que ganará el que más dinero tenga, el que posea los mejores padrinos. En cada Comité barrial se preparan las barras, se reparten las entradas para quienes han sido más colaboradores.

Al Coliseo llegan a pie, en bus, en carro. Allí eligen los sitios donde se sienta más su presencia, donde repercutan sus gritos. Comienza una maratón: observar con todo detalle el baile del sanjuanero de las innumerables aspirantes. Cada una de ellas arranca aplausos, silbidos, rechiflas, los gritos de sus barras.

De súbito, la sala puede quedar en un tenso silencio: una de las candidatas interpreta la danza de forma magistral y llamativa. Magistral, como los viejos neivanos esperan y aprecian; llamativa, como le gusta a las bailarinas y la disfrutaban los jóvenes. Si lo consigue, el público agradecido se pone de pie.

²⁴ Conversación con reinas de barrio durante los años 1989, 1992 y 1994. Ver video "La ciudad de los apóstoles" Universidad Javeriana-ICAN 1994

El jurado debe evaluar aquí, en especial, el baile y la popularidad. Pero en muy raras oportunidades sus fallos satisfacen a plenitud a los asistentes. Resultan muy normativos o políticos. Enconces hay abucheos, agresiones, zambras.

Las gentes abandonan el Coliseo y vuelven a sus casas exultantes por la victoria o insatisfechas por ser apenas finalistas o abatidas por el desconocimiento y la injusticia. Si ganaron, habrá fiesta gozosa en el barrio y la reina deberá bailar con todos, a pesar de su agotamiento. Si han perdido la corona, habrá aguardientes melancólicos, tristesones, redacción de cartas de protesta. Si han quedado entre el montón, se acostarán a dormir con la convicción de haber cumplido, con el sentimiento de que su candidata les dió, por unos breves días, la seguridad de pertenecer a un lugar.

Las muchachas, por su parte, se quitarán la banda. Luego, se sacarán sus zapatos de tacón; tal vez llorarán ante el espejo, tal vez sientan el alivio de haberse librado del trajín.

A partir de ese instante, para los barrios derrotados terminará la fiesta colectiva. El que quiera rumba, que la haga solo.

El principio de las otras fiestas

Neiva entonces se despierta con una nueva reina. Quizá ella descansa feliz en algún punto de la ciudad soñando con su año de gloria. Pero es imposible dormir: de los municipios llegan caravanas cargadas de jubilosos alborotadores que corean los nombres de sus pueblos entre el bramido incesante de los pitos de las chivas, los buses, las camionetas, los automóviles que los traen. En esas caravanas llegan también las otras reinas: las que sueñan con la corona del Departamento.

Desde ese instante la fiesta amplía su resonancia, su territorio y, además, sus tiempos. Ahora se extiende a las poblaciones vecinas que participan en ella al enviar sus reinas con comitivas y barras. Se extiende también a todos los minutos del día: trastoca los sueños del amanecer, los horarios de las oficinas públicas, las horas de comida, las comidas mismas, las cervezas tranquilas bajo los almendros, las conversaciones nocturnas, pero, por paradoja, rompe la

intimidad de las familias y abandona los barrios. Se reduce al centro de la ciudad.

Así como antes estuvo en las afueras, ahora limita sus espacios físicos a las calles por donde pasan los desfiles; a la Concha Acústica, donde se realizan los concursos y las presentaciones folclóricas; a los clubes y casetas, para quienes pueden pagarse las entradas a orquestas de moda y espectáculos de media noche, ajenos a los tumultos de los tablados populares. A los otros, a los de extramuros, a los ancianos, a los obligados a trabajar, les llega por la radio. Es un eco lejano que acompaña los oficios del día.

Para algunos de ellos quedan los tablados populares que el municipio ubica en sitios estratégicos con el fin de apaciguar con facilidad cualquier turbación del orden público, cualquier desorden de la fiesta. Como si la fiesta no fuera en sí misma una turbación de todos los órdenes.

Allí pueden bailar de luna a sol al ritmo de los conjuntos pagos por la Alcaldía y con gentes de toda broza: con los de los estratos bajos y medios, con los más diversos y extraños tipos de turistas, con las bandadas de pájaros que prosiguen su eterno baile y la infatigable invención de nuevos pasos, con los grupos de muchachas solas que llegan de barrios lejanos, con las galladas de adolescentes olorosos a perfume y recién peinados que han venido a pie y con apenas el dinero justo para muy pocas cervezas y algunas gaseosas, con los juerguistas y los cazadores solitarios que abandonan clubes y casetas a la madrugada para venir a rematar la parranda buscando pajaritas sueltas, al parecer indefensas, o cayendo, víctimas de sus ínfulas seductoras, en manos de las burundangueras que se untan escopolamina en los pezones.

La estación del amor

Por su parte, todos los muchachos tienen la ilusión de que la fiesta, además de atravesarles el cuerpo de música, les regale los deslumbramientos y la ebriedad del amor. Cada quien rompe las ataduras de la cotidianidad, se libera de prevenciones y se entrega a la magia y los retos de lo desconocido, a los artificios de la seducción. Los grupos de muchachas y las galladas de adolescentes se encuentran, se rondan, se presentan. Si sus cuerpos no se

entienden al coger el paso, cambian de parejas. Cuando no simpatizan a primera vista o la diferencia social es muy notoria, para protegerse o divertirse juegan a inventarse otros pasados, como en las antiguas fiestas españolas de San Juan²⁵: se dan nuevos nombres, oficios, estudios, procedencias; lo que les hubiera gustado ser, lo que les dé seguridad. La máscara dura una o dos piezas, a veces toda la noche.

Al amanecer, los adolescentes acompañan a las muchachas a sus barrios lejanos. Van a pie conversando, sin sueño, mientras las claridades del alba les revelan otra ciudad irreal, extraña, que nunca ha sido suya: una ciudad poblada de pasacalles publicitarios, anuncios de casetas, pintas de izquierdas y derechas y enamorados, cascos de botellas, latas vacías de cerveza y por donde circulan ruidosos autos sobrecargados de ebrios coros que sin afinación alguna entonan rancheras o vivan a alguna candidata.

Otros jóvenes duermen en la parada de los buses, esperando los primeros recorridos, mientras guardan en un bolsillo un papel empapado en sudor y en donde han escrito un número telefónico en la algarabía de la madrugada.

Las muchachas, a su vez, casi siempre vuelven a casa con algún secreto de más. Los muchachos que se han alejado de sus grupos para seguir sus conquistas, terminan besándolas sobre los muros en los antejardines, bajo almedrones y mangos, y, si la fiesta los ha poseído, se entregan a los amores urgentes en terrenos baldíos, tras los matorrales, o recolectan el dinero para ir a las marchitas casonas del centro que han convertido en pensiones color crema o a los moteles de las afueras.

Son los amores de la fiesta: de un pragmatismo apurado para protegerse contra las posibles laceraciones del despecho, pero nunca exentos de una cierta ternura.

²⁵ Julio Caro Baroja. *Op. cit.*

Los hijos de la fiesta

Ellos nacen a finales de marzo o con la primeras lluvias de abril. Son dados a luz por mujeres que quizás ellas mismas fueran hijas de la fiesta. Además, nacen por los mismos días en que niñas y muchachas -también tal vez hijas de la fiesta- comienzan a acariciar su deseo de ser reinas para terminar teniendo otros hijos de la fiesta.

Es un ciclo que se renueva de manera constante, perfecto como un reloj. Por algo es que los antiguos santorales presentan a San Juan como el patrono de los noviazgos, de los matrimonios, de la fertilidad. Por eso, algún viejo notario -en su lenguaje de hacendado- afirma que en la ciudad se dan dos cosechas de niños al año: la de los hijos del San Juan y el San Pedro, entre marzo y abril, y la de Navidad, entre agosto y septiembre. Los horoscopistas, por su parte, dicen que los neivanos están signados por las aguas de los Piscis y los vientos de los Virgos. Porque las fiestas son cosas del agua y el aire, para extender el fuego y calmar su sed, Pero, eso sí, nunca son cosa de la tierra.

Y esa, en últimas, es la razón por la que los neivanos engendran hijos en esas fechas tan ebrias: para que la fiesta nunca se acabe. Nunca.

Así lo dijo Juan, borracho, a Pedro el Blasfemo -esos apóstoles ebrios.

Conclusión personal y provisional con propuesta

El país ha cambiado y, por supuesto, la fiesta ha recibido en parte los impactos de esos cambios. El anterior recorrido nos permite advertir que nuestra fiesta pasó de ser una tradición cultural rural y urbana, a urbanizarse y a ser tomada -durante La Violencia- por una élite que la masificó y la convirtió en espectáculo. De esta manera le quitó una de sus esencias: su carácter participativo y popular.

Y es cierto: no participamos. Nos limitan los espacios y los tiempos, nos hacen las carrozas, nos quieren obligar a ver a otros divertirse y, además, quieren que les paguemos por ello. Acabaron con el Alcalde de la fiesta -que simbolizaba la burla a la autoridad- y nos pusieron reinas con el fin de que *no* olvidáramos

que existen las barreras sociales y, por consiguiente, nos cuidáramos de extralimitarnos.

Pero este atropello de nuestros capitales simbólicos, genera otras maneras de vivir las fiestas. El reinado popular municipal, por ejemplo, ha alcanzado una convocatoria y una dimensión simbólica importantes: el barrio que gana, existe; tiene por lo menos un año de reconocimiento en la ciudad; con todo, el trato que se les da a las reinas de este concurso es inhumano. Por otro lado, ciertos gremios organizan su San Pedro aparte, como si quisieran legitimar su importancia y, al mismo tiempo, librarse de los apretujones de la multitud; así la fiesta se dispersa y pierde su sentido de encuentro colectivo. A su vez los gays celebran su propio reinado y con él proponen la recuperación de este sentido de la fiesta que la concibe como un territorio libre en el que cada quien reclama derecho a tener espacio propio. La iglesia católica, por su parte, pide ahora que en estas fechas se festeje la fiesta del Papa. Los teatreros también se pelean por un lugar para mostrar su trabajo. Cada quien a lo suyo.

Por eso nosotros también a lo nuestro. No podemos quedarnos con los brazos cruzados mientras nos trastoman nuestros capitales culturales. Si llenamos las arcas de la Licorera, tenemos derecho a pedir que se democratice la fiesta, que se haga participativa y popular. Para ello es necesario organizar comités de barrio integrados por músicos, rajaleñeros, artesanos, contadores de cuentos, asadores de marrano, vianderas y quienes tengan reconocimiento de la comunidad.

Construyamos nuestras propias tradiciones, decidamos cuáles son los tiempos y espacios que requerimos. Pero pronto. Antes de que sea demasiado tarde.

Las otras fiestas

Las otras celebraciones que se viven durante el año son las de los gremios y las comerciales y que son comunes a todo el país. Entre las primeras están: la del día del periodista, de la secretaria, del maestro, del campesino, de los conductores, etc., y, entre las segundas están: la del día de la madre, del padre, del amor y la amistad o la del día de los niños -superpuesta al día de las

brujas-, etc. En el primer caso, son espacios para integrar y fortalecer la presencia de los gremios en la sociedad; en el segundo, sirven para consolidar la unidad familiar o los lazos afectivos.

Sin embargo, hay otras fiestas *sin pasado ni prestigio*: las que resultan de la explosión del júbilo popular. Entre ellas, en el Huila, se recuerdan las que surgieron a raíz de la salida de la cárcel del ficticio embajador de la India²⁶, la ocurrida después del pánico por la supuesta ruptura de la represa de Betania en 1987 o, en 1992, por el paso del Atlético Huila a la primera división del fútbol colombiano. A cada una de ellas, los huilenses le han compuesto una canción. Es que las culturas orales no suelen componer libros, los cantan.

Los textos sobre la fiesta

Sin embargo, sobre la historia del supuesto embajador de la India (que fue acogido y homenajeadado por el gobierno y la clase dirigente, a quien le entregaron las llaves de Neiva y no pudieron castigar porque no había cometido el delito de suplantación de persona ya que en el país no existía el mencionado personaje sino un encargado de negocios del país asiático), muchas personas tienen sus propias versiones imaginarias; Roberto Ruiz escribió un cuento en 1978 y Mario Rivero hizo una película en 1986.

Las versiones suelen destacar la participación o cercanía de quien las relata; el cuento resaltaba la ingenuidad y arribismo de la clase dirigente opita; la película hacía una crónica en la que participaban algunos de los que habían sido protagonistas de la historia real. Las versiones se acostumbran narrar durante las visitas de quienes no conocen el Huila; el cuento fue leído por los pocos lectores de la región; la película fue un éxito de taquilla: durante cerca de un mes los huilenses de diferentes municipios vinieron a Neiva a ver lo que nunca habían visto: su tierra en imágenes en pantalla grande. Para algunos de ellos, este momento significaba el ingreso del Departamento al siglo XX; para otros, una segunda tomada de pelo al pueblo opita; con todo, la muerte del autor de la travesura, Jaime Torres, fue noticia en la prensa regional a finales

²⁶ Testimonio de Stella Paredes Polanía, en Neiva, 1973.

de 1994 y en ella se destacaban las calidades humanas y los logros profesionales del personaje.

Al parecer, pues, el burlador ha sido perdonado pero su historia sigue viva en la memoria de los habitantes del Departamento como recuerdo de una buena picardía, burla a la élite, "Sampedrito anticipado" o un motivo "para reirse de nosotros mismos".

La falsa venida de la Represa de Betania, durante la noche del 5 de junio de 1987, provocó el pánico entre los habitantes de la ribera del río Magdalena en Neiva. La alarma se fue extendiendo por la ciudad e hizo que la mayoría de la población emprendiera huida hacia las colinas o a los municipios cercanos como Tello o Baraya. Poco después, la radio informó que nada había pasado. Las gentes entonces emprendieron el regreso y, cuando volvieron a su calle, prendieron la fiesta: sacaron los licores que tenían a mano, se sentaron en los andenes y volvieron a las viejas y socarronas tertulias de barrio. En ellas se conversaba sobre los objetos que cada uno había llevado en su huida, sobre los actos de coraje o cobardía de los vecinos, sobre la tranquilidad de los viejos que eligieron quedarse en sus casas. Con el paso del tiempo, han ido apareciendo nuevas anécdotas sobre el pánico y la huida; algunas de ellas ya son producto de la imaginación o la burla de quienes las relatan. Sin embargo, con frecuencia, en conversaciones de tienda o tertulias, se vuelve a estos textos sobre la fiesta para recordar ese día "en que todos morimos y volvimos a vivir".

Del paso del Atlético Huila a la primera división del fútbol colombiano, no quedan muchas historias; solo algunos artículos en la prensa nacional. Tal vez porque esa fiesta se apuesta y revive un domingo tras otro durante los tiempos del campeonato, tal vez porque siempre existe la posibilidad de que ella se vuelva tragedia o comedia: que el equipo descienda a la segunda división. Sin embargo, ese logro futbolístico le ha dado un nuevo sentido a los habitantes de la ciudad, como lo relata un hincha:

Durante meses he vivido orgulloso de ser tu hincha fiel, un hincha de sangre verde y amarillo el corazón. Tú nos llenaste de ilusiones la tarde del domingo. También nos pusiste, entre semana, a contar las horas que faltaban

para que volvieras a saltar a la cancha, en medio de la alegría de nuestras olas. Además, nos hiciste sentir parte del país: todos los domingos por la noche tú eras noticia en televisión. Los comentaristas decían que eras el equipo sorpresa y nosotros la barra ejemplar y, por eso, no podíamos impedir que unas lágrimas furtivas nos revelaran la emoción de pertenecer a tí y a esta ciudad. Neiva era una buena noticia: salía en primera página de los periódicos, en las crónicas deportivas, en todos los noticieros. Y eso que no han conseguido los políticos, los gobernantes, los gremios -con todos los millones de las regalías petroleras- o los académicos -con todas sus sapiencias y palabras-, lo lograste tú: hacemos sentir el orgullo de ser ciudadanos y de gritar en coro: ¡Atlético! ¡Atlético! Neiva por fin, no era ni calor, bambucos o amapola. Neiva era una ciudad moderna: los hinchas nos sentíamos masas. Respirábamos la emoción desconocida de sabernos parte de un colectivo y, a la vez, la de la impunidad que da el anonimato. Ahora podíamos medirnos de igual a igual, sin complejos, con las otras ciudades del país²⁷.

Es que estas fiestas repentinas, *sin pasado*, tienden a integrar y, sobre todo, a igualar. Son la forma más espontánea de la democracia. Por eso muchos las exageran en sus recuerdos: para recuperar esos instantes de igualdad, ebriedad, fraternidad. Pues casi todos hablan de la fiesta como les va en ella. Libertad.

²⁷ Lobo Estepario, "Confesiones de un hincha desesperado (por el Atlético Huila)", en *Barataria*, 3, Neiva, junio-agosto de 1993. p. 12